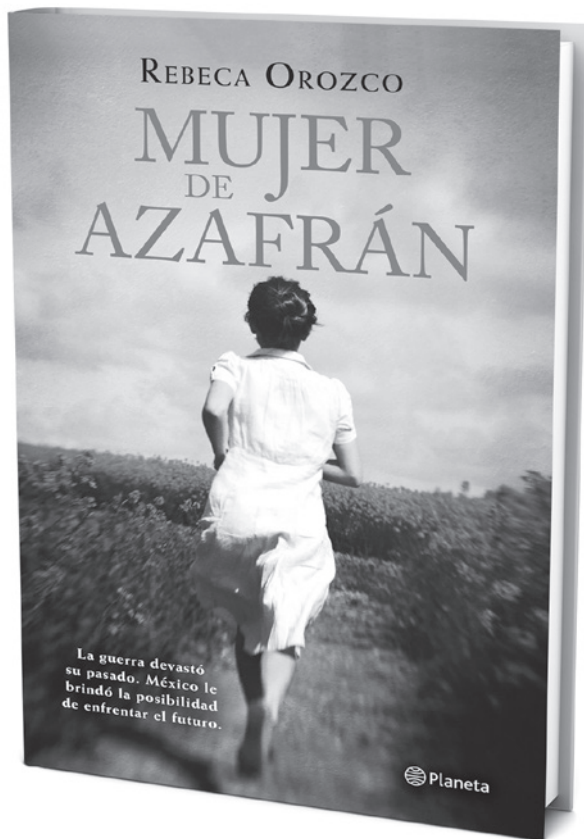


Sol sobre el Sinaia

Claudia Solís-Ogarrío



Mujer de Azafrán
Rebeca Orozco
México, Planeta, 2015, 231 pp.

*Como en otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú, esta vez, quien nos conquistas
Y para siempre, ¡oh, vieja y nueva España!*
PEDRO GARFIAS

MUJER DE AZAFRÁN, NOVELA DE REBECA OROZCO publicada por Planeta en 2015, cobra una relevancia especial porque no sólo es un ejercicio literario valioso, sino también una reflexión que pone de manifiesto a lo que conduce la exacerbación del rencor, la mentira y la intolerancia. Nada más actual y candente en el concierto internacional que los asuntos en torno a la migración que han desatado abominables brotes de xenofobia, racismo y odio, atizando contravalores que parecen dibujar el perfil de la sociedad de la mitad del siglo XXI. Sin embargo, la novela de Rebeca Orozco no es un grito de agonía, devastación y exilio exclusivamente. Tiene una brillantez particular que emana delicadeza y dulzura, fortaleza y esperanza.

Originaria de Sevilla, Rosaura Gaitán desembarca en Veracruz siendo niña al lado de su padre Antonio. A bordo del buque Sinaia, huyen de la Guerra Civil Española. Milagros, la madre de la chica, es una extraordinaria cantante y bailaora de flamenco. Por declamar un puñado de versos subversivos, la toman prisionera enviándola a la cárcel de mujeres en Málaga y luego a la de Alcalá de Henares. Ahí termina de purgar su “delito” y permanece quince años encerrada. El drama desmiembra y devasta a la familia, como lo hizo también con la de cientos de miles de españoles. La narración relata la lucha infatigable de Rosaura —posiblemente también fichada— para regresar con su madre a España. Casándose sin deseo lo logra. Sin embargo, al regreso a México, pierde a su amor verdadero.

Los rincones de Sevilla ya no huelen a naranjos ni a jazmín, sino a municiones y granadas. Bajo las ametralladoras y las bombas, la familia huye a Francia. Antonio puede salvarse de ser destinado al campo de internamiento de Saint Cyprien en el Mediterráneo —que junto con el de Argelès sur Mer— fue de los más importantes de la considerable red que levantó el gobierno de Francia. En ellos se concentró a los quinientos cincuenta mil republicanos españoles que atravesaban la frontera sur huyendo de la contienda. Antonio y Rosaura se embarcan en el puerto de Sète rumbo a Veracruz.

Dice García Márquez que un escritor puede escribir lo que le dé la gana siempre que sea capaz de hacerlo creer. Y justamente la novelista lo logra. Teje la urdimbre y la trama de la época envolviéndonos en la atmósfera de este periodo dramático que despedaza a España. Después de casi mil días que duró el conflicto, la península ibérica y sus habitantes jamás volverán a ser los mismos.

¿El sabor de la patria?

Rebeca Orozco nos entrega en las manos la mirada de la niña Rosaura que llega a un nuevo país donde Antonio abre una tienda de ultramarinos. La chica hace amigos, descubre juegos, comidas y formas del castellano donde ella va descubriendo los códigos, los significados y lenguajes de un nuevo suelo. México les ofrece un futuro como también lo hace a los veinticinco mil refugiados españoles que llegaron entre 1939 y 1942 a suelo mexicano.

Nada más profundo que el poder evocativo del gusto y del olfato. El sabor de las viandas, el perfume de la fruta fresca, el olor de casa nos remiten a los más recónditos espacios de nuestra memoria. Los sabores y olores conquistan culturas, territorios y almas. “¿Será la aceituna el sabor de la patria?”, se pregunta Rosaura al morder una, mientras que descubre en su país de adopción, los mangos y las tortillas de maíz y los brillantes colores de las costumbres locales como los cráneos de azúcar de las festividades del Día de muertos. De manera paulatina, la protagonista encuentra un mundo nuevo y diverso integrándose a esas formas culturales particulares de los mexicanos de entender y explicarse la vida.

Decía Pound que los buenos escritores son aquellos que conservan la eficiencia del lenguaje. Y esto sin duda guarda la prosa de Orozco. La autora posee un estilo transparente y ameno que salpimenta con giros locales que añaden veracidad y conocimiento a su trabajo narrativo. Al igual que su madre Milagros, Rosaura tenía “pellizco”, la voz andaluza que se emplea para nombrar un talento *sui generis* a las practicantes destacadas de flamenco. Lo hereda de su progenitora. La chica continúa sus clases en Veracruz bajo la guía de Cayetana, su maestra en un grupo de danza. En estos tiempos conoce a Octavio, su primer y verdadero amor que le hace la

vida llenarse de luz. Al paso de los años y al hacerse una bella e interesante señorita, cuando sale al tablado se cubre con maquillaje la huella que le ha dejado la guerra. Dos cicatrices. Una en la ceja y otra en el cuello por ráfagas de explosivos de los que se salva de morir, pero dejan su rostro marcado para siempre.

Entre el llanto de la soleá del palomero y los quejíos de la seguiriya, para la protagonista “la danza es un ritual de catarsis que sólo se explica a través de los sentidos”, como dice David Miranda. Rosaura declara: “Bailo, porque si no me muevo, me detengo y si me detengo, pienso y si pienso me desmorono”. La joven expresa por medio del zapateo la herida que no puede ser ocultada ni con el mejor de los afeites: la idea de su madre prisionera en España, de la que no hay cartas ni noticias.

Aromas del Tupinamba

La novela de Orozco está estructurada como una obertura. Al principio, nos presenta a los ejecutantes quienes comprueban la afinación de sus instrumentos con objeto de establecer la altura y el modo de la música. En los primeros capítulos de la narración, los protagonistas nos dibujan su perfil, nos trazan su entorno y conforme avanza la historia y las páginas, el relato genera una tensión dramática.

Sin duda la novela es una obra de género afortunada. El cuidado de los detalles y el dominio de los protagonistas que describe la escritora nos pintan la Ciudad de México de los republicanos españoles. Un territorio físico y figurado con vida propia, donde Rosaura se muda siendo señorita. Están sus lugares de reunión —entre ellos el célebre Tupinamba, en Bolívar 44— donde los personajes del exilio dialogan sus cosmogonías en una época del país donde también coexiste la nefasta y perniciosa Liga Mexicana de la Decencia. Las manifestaciones sociales y culturales del país sufren la censura de todo aquello que no se atenga a los dictados del *Manual de Carreño* y de las buenas costumbres de las familias católicas. A *La Diana*, en Paseo de la Reforma, le colocan brasier y pantaletas. Melodías de Lara y de Cri-Crí son prohibidas. No escapa a la guillotina de dicha asociación el espectáculo de flamenco de Rosa Gaitán. Tildado de provocativo por lo ajustado de su indumentaria y sus movimientos, es rápidamente proscrito.

Después de ochenta años, la herida que dejó la Guerra Civil Española y su costra aún siguen frescas. Con el bello y sugestivo título *Mujer de Azafrán*, Rebeca Orozco nos entrega un trabajo redondo, de una muy meritoria investigación histórica. Personajes con vigorosos espolones literarios se mueven en el escenario de un doloroso drama humano. La novela de esta escritora constituye un espléndido trabajo de ficción: una historia de amor y encuentro entre dos fascinantes culturas. 